

Economía, Religión, Nacionalismo: Tres claves para entender la ruptura y transformación de la Europa del Este

José Luis MARTINEZ SANZ
Universidad Complutense de Madrid

Tres momentos que estremecieron al mundo

Después del frustrado golpe de Estado que el *aparatus* soviético (formado fundamentalmente por el partido comunista, el KGB y el Ejército) llevó a cabo en la URSS en agosto de 1991, se produjo una gran conmoción no sólo en la Unión Soviética, sino en todo el mundo: un mes después se suspendían las actividades del PCUS, y en diciembre la URSS dejaba de existir; sobre sus ruinas se erigía la Comunidad de Estados Independientes (CEI). Este hecho transformaba nuestro mundo, hasta entonces dividido en dos bloques: uno, de economía capitalista y de ideología democrática (el llamado “mundo libre”), y otro de economía socialista y de ideología marxista-leninista (autodenominado “democracias populares”, y al que sus detractores llamaban los países del “telón de acero”). El resto de los países del planeta no integrados en uno de los dos bloques, el llamado Tercer Mundo, se componía de Estados cuyos líderes estaban más cerca del segundo, aunque con no disimuladas aspiraciones a integrarse en el primero.

Los periódicos de todo el mundo hablaron en aquellos días de que esos sucesos habían acabado con la época de la “guerra fría”. Esta frase, en realidad encerraba cierta imprecisión: historiadores y politólogos solemos denominar al período 1945-1991 como “época de bloques”, subdividida en dos momentos: el de la *guerra fría* (1945-1962) y el de la *coexistencia pacífica* (1962-1991); con ella, sin embargo, los periódicos destacaban acertadamente la trascendencia histórica y política de la desaparición del mundo comunista como bloque político-militar, a la vez que reflejaban el

profundo cambio que ese hecho suponía en el equilibrio mundial de fuerzas. Así culminaba un pequeño período de dos o tres años en el que algunos regímenes políticos, antes fuertes por estar sostenidos por los soviéticos como peones de su estrategia político-revolucionaria, se habían desmoronado (el más impresionante, hasta por sus imágenes, fue el golpe militar y cívico contra Ceaucescu), o quedaban en una posición más que vergonzante, como la Cuba de Fidel Castro. Todo esto, tanto en las naciones como en sus gentes, era la consecuencia lógica de un movimiento profundo de “*ruptura*” y derrumbamiento, al que no se puede llamar “*transición*”: comparado este proceso con el caso español, es evidente que las situaciones traumáticas y contradictorias que produjo y mantiene en el Este en nada se parecen a la paulatina y pacífica transición que España realizó sin traumas tan graves.

El hundimiento y desaparición de la URSS y del bloque comunista son la consecuencia y resultado de un proceso que necesita unas claves de interpretación para ser entendido en profundidad. Por ello, es preciso remontarse en el tiempo y destacar una serie de hechos que se produjeron en la Europa del Este, hechos que se escalonan en tres momentos que estremecieron al mundo porque eran retos al sistema marxista-leninista y al “orden soviético” allí establecidos desde el final de la II Guerra Mundial. Esos hechos o sucesos nos proporcionarán, a la vez, las tres claves para entender ese proceso de profundos cambios que estamos viviendo, así como las nuevas inquietudes y estrategias geopolíticas planteadas en nuestros días.

El primer hecho viene dado por el progresivo hundimiento de la economía soviética. Este declive, iniciado ya en la época de Krushev (1953-1964) y acentuado en la de Breznev (1964-1982), se manifiesta en la importación de cereales de Occidente, en el fracaso de la industria soviética y sus planes, en la irracional política de inversión en tecnología militar y espacial, y en el creciente apoyo económico a regímenes comunistas económicamente ruinosos. Gran parte del pavoroso endeudamiento del bloque socialista respecto a la banca occidental (que a finales de los años setenta se cifraba en 80.000 millones de dólares), correspondía a la URSS. El contraste, demasiado acusado para ser ignorado, entre el fracaso del colectivismo soviético y el éxito del capitalismo, entre la carestía que evidenciaban las colas en Moscú y la abundancia que mostraban los supermercados occidentales, creó en los rusos una sorda oposición al socialismo, que la *glasnost* transformaría en abierta crítica. El primer momento que estremeció al Kremlin —y luego al resto del mundo— se produjo en 1982, al hacerse públicos los desastrosos indicadores de la economía soviética; como respuesta a la crisis, en febrero de 1988 la URSS promulgaba la ley de empresas, un sistema de autogestión y autofinanciación

—con abandono de las subvenciones estatales— que ponía en práctica la *perestroika* económica.

El segundo hecho es el desafío al dirigismo ruso planteado por los polacos, organizados en torno a un sindicato diferente al sindicalismo oficial de corte soviético. Aunque el descontento hundía sus raíces en el fracaso económico de Gierek, ya visible en 1976, su desarrollo estaría ligado al enfrentamiento del sindicato católico y nacional *Solidarnosc* con el gobierno polaco y con el Kremlin, que era el que —en última instancia— dirigía Polonia, al igual que los demás Estados de la Europa del Este. Cuando en 1980 se produjo en todo el país una oleada de rebeldía frente al gobierno como nunca se había producido anteriormente, en Polonia y en el mundo todos sabían que detrás de aquella demostración de verdadera soberanía nacional y popular estaba el profundo apoyo moral del Papa polaco a sus compatriotas. En diciembre de 1981, después de un año de estar legalizado, el presidente Jaruzelski suspendió el sindicato *Solidarnosc* y encarceló a muchos de sus dirigentes. Los sucesos de Polonia estremecieron al mundo cuando, en 1984, la policía política asesinó a un sacerdote afín al sindicato católico, y el episcopado polaco pidió explicaciones al gobierno. Ni la persecución ni la muerte pudieron nada contra el ánimo de un pueblo que fortalecía su resistencia en la religión y en su confianza en el Papa: cuando en 1988 estallaron nuevas huelgas en los astilleros *Lenin*, el gobierno procedió a entablar un diálogo político con los dirigentes del sindicato clandestino.

El tercer hecho es fruto del encrespamiento que, tanto en las repúblicas de la propia URSS como en el resto de los Estados de la Europa del Este, se produjo al resquebrajarse la represión y la dirección unificadora que Moscú ejercía con mano de hierro. Desde el inicio de la *perestroika*, una creciente oleada de brotes nacionalistas ha sacudido tanto la URSS como a sus satélites, las llamadas “democracias populares”. En la Unión Soviética, y dirigidas por la católica Lituania, las tres repúblicas periféricas del Báltico intentaron sacudirse el yugo soviético, y tras un proceso gradual de separación respecto a Moscú, proclamaron su independencia: en marzo de 1990, este hecho estremeció a un mundo en el que aún persistía el muro de Berlín. Algo similar ocurría en las tres repúblicas del Cáucaso: el territorio de Nagorno-Karabag, de población armenia aunque enclavado en Azerbaiján, pretendía su segregación de ésta y su integración en Armenia; mientras, Georgia declaraba ilegal su incorporación a la URSS y proclamaba su propia independencia. También se desligaban los Estados satélites de la Europa oriental: en unos (Rumanía, Hungría, Polonia y Bulgaria) se buscaba sacudirse el pesado yugo impuesto por la URSS, aunque sin renunciar —al menos inicialmente— al marxismo como ideología ni al socialismo como sistema; en otros (como Checoslovaquia y Yugoslavia) se inclinaban por la división del Estado según nacionalidades y etnias.

En este artículo estudiaremos minuciosamente los antecedentes y circunstancias de esos tres momentos que estremecieron al mundo (producidos en 1982, 1984 y 1990), así como sus causas y fundamentos: trataremos de explicar o interpretar esos hechos que han caracterizado la década 1982-1992 y la han convertido en una de las más trascendentales e interesantes de nuestra Historia contemporánea, ya que en ella los europeos hemos asistido al resquebrajamiento y derrumbe de un bloque supranacional (el imperio soviético) y, a la vez, a los cada vez más firmes intentos de construcción de otra nueva entidad política supranacional (la Comunidad Europea), que como Espacio Económico Europeo constituirá un gran mercado con cerca de 400 millones de consumidores. Si esa década no es una *década prodigiosa*, bien podría ser denominada la *década configuradora*, puesto que al cerrar el “ciclo revolucionario del proletariado” —inaugurado en 1917, según Seco Serrano—, sirve como base o fundamento que configura la organización mundial del siglo veintiuno.

Antecedentes y contexto de la crisis

Como ocurriera en 1919, en la Conferencia de paz de París (cuyo exponente emblemático es el Tratado de Versalles), también tras la II Guerra Mundial los vencedores acordaron entre ellos, en la conferencias de Yalta (febrero 1945) y Potsdam (agosto 1945), las cláusulas de la paz que los vencidos debían aceptar. El resultado más inmediato de aquel “nuevo orden” mundial fue la hegemonía de los EE.UU. y la URSS como las nuevas superpotencias: sin embargo, a pesar de sus acuerdos sobre democratización en Europa, la influencia del Ejército Rojo en los países del Este rompió el equilibrio entre los hasta entonces aliados al forzar el establecimiento de regímenes y gobiernos comunistas en aquellos Estados. La URSS procedió a lo que Truyol¹ denomina como *normalización* de los países ocupados por ellos, realizada a imagen y semejanza de su propio sistema soviético. Con ellos terminaba la época del “socialismo en un sólo país” y se iniciaba la época de “los dos bloques”; el marxista-leninista, más activo, se iría extendiendo por todas direcciones, llenando Asia y propagándose por Africa. Su ideología, a la vez, alentaba los movimientos independentistas de los pueblos colonizados.

La ruptura de la gran alianza se produjo en 1947. En marzo de ese año formulaba EE.UU. la “doctrina Truman”, proclamando su firme voluntad de luchar *por doquier en el mundo contra el comunismo*; un mes más tarde, la conferencia de Moscú hacía patente el desacuerdo entre los minis-

¹ Antonio TRUYOL SERRA pronunció una serie de conferencias, englobadas con el título genérico “El fin de Yalta”, en la fundación Juan March, desde el 8 al 17 de enero de 1991. Sus ideas y argumentación están recogidas en el nº 209 (abril 1991) del *Boletín Informativo. Fundación J. March*.

tros de Asuntos Exteriores de los Cuatro, coincidiendo con la progresiva y rápida toma del poder exclusivamente por los comunistas en los países ocupados por el Ejército Rojo; poco después, cuando en junio ofrecían los EE.UU. el Plan Marshall de ayuda a la reconstrucción de Europa, la URSS prohibió a los países de su bloque acogerse a él; finalmente, la creación en octubre de la *Kominform* (Oficina de Información de los Partidos Comunistas, una nueva versión de la III Internacional) llevó la ideología al puesto de clave o criterio diferenciador en las relaciones internacionales.

Así empezaba la *guerra fría*. El resultado de todo ello era que frente al orden capitalista y liberal-democrático de Occidente, la URSS dirigía férreamente un bloque socialista de “democracias populares”, creado a imagen del sistema bolchevique de Lenin². Desde entonces, se produjo un paralelismo casi simultáneo de organizaciones de todo tipo entre ambos bloques: en 1949 se creaban la R.F.A. (mayo) y la R.D.A. (octubre); el enfrentamiento se plasmaba en alianzas militares, como la OTAN (abril 1949) y el Pacto de Varsovia (mayo 1955); cuando los europeos —por su parte— fomentaron la unión militar (UEO, 1948) y económica (OECE, abril 1948; CECA, 1951; CEE Y EURATOM, 1957), los soviéticos crearon el COMECON (1949). Este paralelismo sincrónico se efectuaba con la convicción soviética de que el sistema socialista superaría al capitalista que, en algún momento, debía derrumbarse minado por sus contradicciones internas, tal como había formulado Marx. Pero Occidente no sólo no se hundió, sino que prosperó y conoció un nivel de vida que se iba alejando progresivamente del socialista y que actuaba, además, como reclamo y señuelo para el Este.

Mientras tanto, este verdadero “Imperio soviético”, que culminaba el anterior Imperio de los Zares, empezaría a agrietarse al morir Stalin: motines en Pilsen y Berlín-Este (1953), sublevaciones en Polonia y Hungría (1956), alejamiento de la China de Mao (1960), erección del muro de Berlín para evitar huidas (1961), la “primavera de Praga” (1968). La paradoja era que, mientras que el “imperio soviético” se resquebrajaba en la Europa del Este, extendía su influencia y su presencia en el Tercer mundo (Angola, Mozambique, Etiopía, Afganistán) y su poderío militar alcanzaba su grado máximo. Pero esta situación implicaba que ese poderío militar conllevaba tal deterioro en la economía, especialmente notorio por la carestía de bienes de uso y consumo, que producía un creciente malestar social en la propia URSS. Consciente el Kremlin de esa negativa situación, propició la *Conferencia para la Seguridad y la Cooperación en Europa*: en su Acta final, firmada en Helsinki el 1 de agosto de 1975, se fijaba la estabilización de las fronteras existentes, el reconocimiento definitivo de la R.D.A.,

² Ese aspecto está muy bien descrito en el libro, nada asequible, de B. PONOMARIOV, A. GROMIKO, V. JVSIOV, V.: *Historia de la política exterior de la URSS. 1945-1970*, Moscú, 1974.

la exclusión de la R.F.A. del acceso a las armas nucleares, la cooperación económica y científica; además se recogían temas de derechos humanos, de libre circulación de las personas, y otros más. Todo ello, junto con la adopción de algunas medidas de distensión militar contribuyeron a que la URSS no incrementase —al menos por un tiempo— los gastos militares e intentase mejorar y aumentar su producción de bienes de consumo³.

En este contexto de cambio hay que inscribir la elección de Yuri Andrópov (1982-1984). Su breve mandato ha pasado inadvertido; pero este dirigente soviético, que durante 14 años había sido presidente del KGB, conocía muy bien la realidad social soviética, hasta entonces encubierta por las manipulaciones propagandísticas del PCUS y otros órganos políticos. Por ello, sin escándalos ni revelaciones como hiciera Jruschev, Andrópov —uno de los pocos dirigentes no corruptos— se aprestó a inyectar aires de cambio y de cierta libertad en la todavía rígida URSS; para ello inició una renovación en los mandos de la Administración y en los de las empresas estatales, preparando así el camino de quien sería su sucesor (y que ya entonces era su delfín), M. Gorbachov. Su temprana muerte impidió el desarrollo y fructificación de su nueva orientación. Su sucesor, Constantin Chernienko (1984-1985), sólo duró 11 meses en el poder. Este hecho impulsó a ancianos miembros del *Politburó* a elegir un sucesor más joven, lo que permitiría al sistema ofrecer una imagen de estabilidad ante el mundo y ante la propia sociedad soviética.

De este modo, y con el apoyo de Gromiko y de los seguidores de Andrópov, subió al poder Mihail Gorbachov (1985-1991): nacido en 1931, era el primer Secretario General del PCUS que no había vivido la Revolución bolchevique de 1917. Bajo el mandato de Andrópov había gozado de amplios poderes para supervisar la política económica de la URSS. Al ser nombrado máximo dirigente de la URSS, Gorbachov impulsó las reformas, y empezó a difundir la necesidad de una *perestroika* (reorganización, reestructuración, que publicaría como título de un libro) y de *glasnost* (veracidad y transparencia informativa). Sin renunciar al marxismo-leninismo, al que considera fuente ideológica, se propuso conceder a la Unión Soviética más socialismo y más democracia real.

... El sistema de dirección que se forjó en los años 30 y 40 entró gradualmente en contradicción con las necesidades y las condiciones del progreso económico ... —decía Gorbachov en su libro—. En la segunda mitad de los 70 ocurrió algo que parecía inexplicable a primera vista: el país estaba perdiendo impulso, los fracasos económicos eran cada vez más frecuentes... Se había creado una especie de mecanismo de freno, que actuaba sobre el desarrollo económico... Nuestra sociedad... no había sabido utilizar plenamente las

³ La típica fraseología pacifista de los soviéticos está recogida en V. KUZNETSOV: *Las proposiciones de la Unión Soviética*, Moscú, 1981. Sobre aquella Conferencia, una buena síntesis es la de P. JOHNSON: *Tiempos modernos*. Buenos Aires, 1988, p. 682 y ss.

posibilidades del socialismo para satisfacer las crecientes demandas de viviendas, cantidad y calidad de los alimentos, correcta organización de los transportes, servicios de sanidad y educación. Estaba creándose una situación absurda: la Unión Soviética, la mayor productora mundial de acero, materias primas, combustible y energía, sufría escasez de bienes... Nuestros cohetes pueden localizar el cometa Halley y volar hasta Venus con asombrosa precisión... mientras muchos de los electrodomésticos de nuestros hogares son de baja calidad...⁴.

Basado en estos hechos reales, el XXVII Congreso del PCUS aprobaba el 25 de febrero de 1986 las líneas maestras de la *perestroika* o reforma que había trazado el Secretario General. Con ellas, pretendía la URSS frenar un deterioro económico y político que ya era evidente a todos, pero que se creía coyuntural: sus políticos y dirigentes estaban ya demasiado alejados de la opinión, de los sentimientos y vivencias de su propio pueblo. También en la Unión Soviética se dio durante muchos años un profundo divorcio entre la URSS oficial y la URSS real, entre los ideales abstractos, contruidos por entendimientos obsesionados por el fanatismo comunista (una forma, que todos conocemos, de fundamentalismo: el marxista-leninista), y la realidad objetiva de la desilusión de un pueblo que, en comparación con el mundo occidental, no había obtenido mejoras ostensibles en su calidad de vida. Se habían olvidado de que el propio Marx ya había señalado que los hombres y los pueblos se mueven por necesidades materiales y no por consignas, ideales o *eslóganes* propagandísticos⁵.

La economía como clave

La economía de la Unión Soviética tenía unas connotaciones muy especiales: además de ser la economía de un país concreto, era también, en segundo lugar, el arquetipo o modelo por excelencia del sistema de economía colectiva o socializada; por lo mismo, y en tercer lugar, sostenía con sus propios recursos a los partidos comunistas en todo el mundo, y ayudaba a los Estados que, habiendo optado por el socialismo, aún no habían logrado un desarrollo suficiente. Esta doble economía, interior y exterior, no se ajustaba a los conceptos clásicos de mercado ni a los del esquema importación-exportación, sino al papel que la URSS jugaba

⁴ El libro de M. GORBACHOV, *Perestroika. Mi mensaje a Rusia y al mundo entero*, Barcelona, 1987, es uno de los que más impacto han causado en Occidente durante la "década configuradora" (1982-1991).

⁵ Una visión de la realidad rusa, para poder compararla con la propaganda oficial del régimen soviético, la presenta el libro de C. TAIBO: *La Unión Soviética de Gorbachov*. Madrid, 1988.

desde Stalin como propagadora y sostén del marxismo-leninismo en orden a la “redención del proletariado” en todo el mundo⁶.

Esta duplicidad económica tiene que ser, en el caso de la URSS, muy tenida en cuenta: la carga de la deuda exterior del bloque comunista, singularmente en el caso de Cuba, ha pesado demasiado negativamente en la economía soviética. Recientemente, los archivos del KGB y algunos otros del PCUS han sido puestos a disposición de investigadores, politólogos y periodistas especializados. Gracias a ello, hoy sabemos que las cuantiosas sumas con que el KGB subvencionaba los movimientos revolucionarios en el mundo, así como los pagos y ayudas a muchos Estados de su bloque, provenían no de los fondos del partido, sino de los fondos del Estado; de este modo, una importante partida no económica de los presupuestos soviéticos lastraba su economía.

Es difícil imaginarse que pudiera (y que aún pueda en nuestros días) existir crisis económica en una Unión Soviética cuyo suelo le permitía ser una primera potencia mundial en materias primas y en ciertos productos⁷. A título de ejemplo, recuérdese que los datos de la URSS arrojaban este más que positivo balance respecto a algunos productos energéticos y de industria pesada en 1972:

Cuadro 1

Energía.....	857.450 millones de kw/hora
Centrales nucleares.....	6 en funcionamiento y otras 3 en construcción
Centrales termoeléctricas.....	2 grandes complejos en funcionamiento
Acero.....	131.000.000 Tn (primer producto mundial)
Laminados de acero.....	91.400.000 Tn
Hierro fundido.....	96.000.000 Tn

De igual modo, por lo que atañe a productos agrícolas, el panorama no era teóricamente menos halagüeño, hasta el punto de convertirse en uno de los pilares propagandísticos del gobierno de Kruschev (1959-1964): el grano, como el petróleo, es un recurso económico estratégico. En la URSS se ha dicho siempre que *La Historia es, principalmente, la historia del pan*, como saben los rusos a partir de los seculares y nunca resueltos conflictos campesinos desde Pugachev a Breznev. La URSS ha sido el impe-

⁶ Para este aspecto es particularmente interesante lo que señala Paul JOHNSON, *Ob. cit.*, p. 686, mostrando que la URSS era quien verdaderamente avalaba y garantizaba la economía de los países del bloque comunista.

⁷ Un estudio, bien realizado y expuesto con gran agudeza, de la historia política y los cambios de estrategias que se produjeron en la URSS desde la época de Kruschef es el que escribió el documentalista y periodista Alberto RONCHEY: *USA-URSS. Dos gigantes enfermos*, Barcelona, 1982. Sobre este asunto, y de cara a la pugna y competencia que las dos superpotencias mantuvieron desde 1945, es interesante la obra de P. HOLLANDER: *Soviet and american society. A comparison*, Oxford, 1973.

rio más sembrado del mundo, ya que en el tercer cuarto de este siglo ha cultivado más de dos centenares de millones de hectáreas, muchas de ellas tierras vírgenes hasta entonces, y ha ocupado en esta labor diez veces más mano de obra que los EE.UU., desde las estepas de Ucrania a las tierras negras (*chernoziom*) del Volga, y desde el río Kubán (en el Cáucaso) hasta la cordillera del Altai, en al frontera con China y Mongolia. Sin embargo, ya en 1963, la cosecha fue el primero de sus desastres agrícolas de la posguerra: diez años después, la escasez de alimentos era todavía más grave. A este respecto, véanse algunos datos, también de 1972:

Cuadro 2

Áreas de cultivo.....	227.000.000 Ha.	(10% de superficie URSS)
Áreas de cereales.....	114.240.000 Ha.	
• trigo.....	58.500.000 Ha.	
• cebada.....	27.300.000 Ha.	
• avena.....	11.400.000 Ha.	
• centeno.....	8.100.000 Ha.	
Producción de trigo.....	86.000.000 Tn.	(primer productor mundial)
Producción de cebada.....	37.000.000 Tn.	(primer productor mundial)
Producción de centeno.....	9.600.000 Tn.	(primer productor mundial)
Producción de patatas.....	78.000.000 Tn.	(primer productor mundial)
Tractores.....	500.000	
Cosechadoras.....	85.000	

La importancia de la agricultura soviética era tal que, desde la época de Stalin, absorbía ya el 12% de las inversiones de la URSS: entre 1975 y 1985, ese porcentaje se elevó al 27%. Sin embargo, y a pesar de ello, la URSS se veía obligada a importar cada año cantidades colosales de cereales. La crisis económica soviética en producción agrícola y alimenticia empezó a finales de los años setenta, con una serie de malas cosechas que obligaron al gobierno de Breznev a importar grano de EE.UU. y otros países productores, pagando su precio en oro. Este hecho provocó la disminución de las reservas de oro en la URSS; simultáneamente, la venta de esas reservas rusas fue tan considerable y prolongada que hizo descender el precio mundial del oro: de 835 \$ la onza (enero 1980) se pasó a un precio que ha oscilado entre los 300 y los 500 \$⁸.

Si el Medio Oeste de los EE.UU. basta para alimentar a todos los EE.UU., si Escania consigue alimentar a toda Suecia y Manitoba a todo

⁸ Alberto RONCHEY, *ob. cit.*, p. 120, explica las características y conflictos de la agricultura soviética; sus problemas y la pérdida de reservas de oro están recogidas en las pp. 44 y ss.

Canadá, ¿por qué la URSS, con 22 millones de Km², sufría un déficit crónico de grano, cifrado en decenas de millones de toneladas al año?. Los datos son esclarecedores:

- cosecha de 1979: 179.000.000 Tn
- cosecha de 1980: 181.000.000 Tn (se esperaban 235 millones)

Ante estos “accidentes históricos”, los gobernantes soviéticos de la “era Breznev” achacaban a los desastres naturales la causa de esta negra situación: por el contrario, otros acusaban al sistema productivo: los *Koljozy* y los *sovjozy* habían destruido los incentivos y la iniciativa en los campesinos soviéticos. Durante la anterior etapa estalinista, con la colectivización del campo y el inicio de los planes quinquenales, la agricultura y el pueblo ruso habían pagado ya un precio demasiado alto por la industrialización a marchas forzadas. Acerca de los *Koljozy*, ya a principios de los años treinta escribía Boris Pasternak: *Lo que vi no se puede describir con palabras. Era una desgracia tan inhumana, tan inconcebible, una miseria tan terrible... que se convertía en abstracta, sin poder entrar en los límites de la conciencia. Enfermé. No pude escribir durante un año*⁹. Cincuenta años después, a principios de los ochenta, en la Unión Soviética se sabía que la URSS fabricaba muchos más tractores que los EE.UU.; pero, a la vez, se comentaba en voz baja que muchos de ellos *se paraban después de dar tres vueltas al campo*¹⁰. El hecho real es que su productividad era cuatro veces inferior a los EE.UU.: todo ello explica que, en 1978, el producto por habitante en los EE.UU. fuese de 9.700 \$, mientras que el de la URSS era de 4.800 \$¹¹.

Por otro lado, su suelo y su industria permitían a la URSS exportar a todo el mundo grandes cantidades de maquinaria y vehículos, petróleo, trigo, algodón, madera, mineral de hierro, carbón, etc., y en este orden según el valor de estas exportaciones. Pero, a pesar también de esto, al problema planteado por sus malas cosechas habría que añadir su deficitario comercio exterior, que lastraba aún más su economía, que cada año se hacía más precaria.

Teniendo en cuenta todo lo expuesto, podemos preguntarnos: si la URSS era un país rico en recursos y en posibilidades, ¿por qué conocía la escasez, el déficit y la penuria económica? ¿Cómo pueden ser explicadas estas contradicciones, estas paradojas que aparecen ya a finales de la década de los setenta y principios de la de los ochenta en la economía soviética?

⁹ Citado en MEDVEDEV, R.; *Stalin sconosciuto*, Roma, 1980, p. 107.

¹⁰ RONCHEY, *ob. cit.*, p. 121 y ss.

¹¹ Véase el *Bilan économique et social 1979*, París, 1980, editado por el prestigioso *LE MONDE*. Más asequible resultará para el lector español el libro de JOHNSON, *Ob. cit.*, p. 679.

Cuadro 3

DEUDA EXTERNA Y RESERVAS DE LA U.R.S.S.

(En millones de dólares 1990)

Año	Deuda	Reservas
1985	28.900	17.500
1986	31.400	17.200
1987	39.200	16.500
1988	43.000	16.000
1989	54.000	15.000
1990	57.500	9.000
1991	64.000	4.000

Hay varios elementos explicativos, según ha señalado Jiménez Rioja¹². Su escaso crecimiento económico y su limitada tecnología eran sus más conocidas características. Las críticas a un sistema que permanecía anclado en el terreno especulativo y doctrinal se plasmaron en el ataque de algunos dirigentes soviéticos contra el centralismo económico: estos críticos admitían que el Estado fijase los grandes objetivos económicos que conseguir, pero defendían el establecimiento de mecanismos más flexibles —como el mercado, al modo accidental— en su producción, distribución y consumo. Lógicamente, los defensores del sistema se oponían a la entrada de la iniciativa privada en su economía, ya que podría producir las lacras del capitalismo (inflación, paro), que hasta entonces no existían en la URSS. El temor a esas reformas, y a las secuelas políticas y sociales que pudieran conllevar, mantuvo dubitativos e irresolutos a sus dirigentes, por lo que se limitaron a mantener la línea seguida en las décadas anteriores. De ese modo, la Unión Soviética conservó su rango de primera potencia manteniendo un insostenible gasto en defensa y tecnología espacial, a costa de una insuficiente inversión en agricultura e industria: inevitablemente, esto produjo un descenso progresivo en el bienestar social ruso.

Este descenso, que no pasó inadvertido en Occidente, se empezó a notar en el ámbito nacional en 1979, con la invasión de Afganistán: el

¹² Jiménez Rioja escribió un acertado y muy preciso artículo sobre la economía soviética y las causas de su derrumbe, aparecido en el n° 634 de *EJERCITO. Revista del Estado Mayor*, que se edita en Madrid. En este mismo sentido conviene también que el n° 1 (1992) de la *REVISTA DE ECONOMIA APLICADA E HISTORIA ECONOMICA*, editada por el Fac. de Ciencias Económicas de la U.N.E.D., estaba íntegramente dedicado a la economía de la URSS y a cuestiones con ella relacionadas.

gasto originado fue objeto de duras críticas por muchos organismos del Estado y de las Repúblicas, que veían reducidos sus recursos y recortados sus presupuestos a causa de los costes de aquella intervención militar. A su vez, la aventura en Afganistán mostró la incapacidad de la economía soviética para alcanzar una potencia militar efectiva como la de los EE.UU. El gobierno de la URSS debió tomar conciencia de ello a partir de 1983, constatando la inutilidad del esfuerzo realizado: eso explica que, desde 1985, tanto la nueva orientación dada a la política soviética como el establecimiento de un nuevo orden económico en la URSS evidenciaron un relajamiento en la competencia que había estado manteniendo con los EE.UU. durante los treinta años anteriores.

La reformas económicas parecieron orientarse hacia una economía de mercado, tipo occidental —liberal y capitalista—, y desechar tanto el modelo de *planificación central*, utilizado rígidamente hasta entonces por los soviéticos, como el llamado *socialismo de mercado*, de mayor o menor éxito pero nunca plenamente satisfactorios, experimentado por Hungría, Polonia y la RDA. Pero, en su ámbito interior, este profundo cambio en lo económico no conllevaba cambios en lo político, quizás para evitar un recrudecimiento de los nacionalismos y de las diferencias étnicas en la URSS, que en aquel difícil momento pudieran resquebrajar el sistema estatal y el ordenamiento vigente, necesarios ambos para llevar a buen puerto las reformas de su economía. Y por lo que hace a su ámbito exterior, la URSS no parecía dispuesta a renunciar a esa condición de gran potencia que durante cuarenta años llevaba ostentando: por ello, siguió manteniendo un desorbitado gasto en defensa e inversiones militares.

Todos recibieron con gran suspicacia estas reformas: los antiguos órganos de planificación, por sus dudas sobre la capacidad del aparato de producción soviético, ya obsoleto y falto de tecnología capaz de adaptarse a los requisitos de una economía de mercado: las Repúblicas de la Unión, por su parte, por sospechar que las dificultades que presentaría la progresiva implantación de la reforma retrasarían sus reivindicaciones tradicionales: finalmente, el bloque occidental, por la desconfianza que suscitaba un supuesto cambio que no incluía una reducción de los gastos e inversiones militares. Sin embargo, nada de eso fue un verdadero obstáculo para las reformas: la única dificultad real provino de las constantes y persistentes obstrucciones que oponían los sectores más conservadores (los *aparatchik*) del PCUS, con la intención de evitar unos cambios que ellos consideraban como una traición y deslealtad con los postulados marxistas-leninistas del Estado, así como un atentado contra la esencia misma y los objetivos del comunismo.

De este modo, los dirigentes de la URSS pretendían establecer una economía de mercado sin dejar de mantener incólume la estructura política y social en el interior, y sin renunciar al rango de primera potencia en el exterior. Dos procesos eran necesarios para la transformación de su econo-

mía socialista en una economía de mercado: primero, una reconversión de sus instalaciones industriales y agrícolas, para poder así conseguir una producción diversificada y competitiva: en segundo lugar, una privatización de esas instalaciones, lo cual permitiría adaptar libremente la producción a la necesidades del mercado. Pero ambos procesos requerían un gran volumen de capitales para afrontar la enorme dimensión que esa transformación necesitaba, y la economía soviética no disponía de los recursos ni reservas necesarias para respaldar la operación.

Sólo quedaban dos posibles alternativas: la primera sería una concesión masiva de créditos estatales a las empresas para que éstas procediesen a su reconversión: pero esta medida provocaría una inflación de incalculables dimensiones, que —unida al paro ocasionaría la reducción de mano de obra— podía conducir la economía a la más profunda depresión o al colapso. La segunda podría ser la obtención de créditos extranjeros: pero, aunque a partir de 1985 la deuda exterior se incrementó de un modo extraordinario¹³, la petición de capitales extranjeros no encontró una respuesta exterior adecuada a las necesidades soviéticas. En esas circunstancias, la URSS tuvo que limitar sus planes a una reducida reconversión y a una renuente privatización. El resultado de la reconversión fue un aumento de bienes de consumo, producidos en las fábricas estatales; el de la privatización fue una tímida liberalización de la producción de pequeñas instalaciones agrícolas y fabriles. Tan escaso rendimiento se intentó paliar con la atracción de capital extranjero para crear empresas mixtas; pero fueron pocas las empresas occidentales que tomaron en serio tal propuesta.

El sufrido ciudadano ruso pudo empezar a adquirir unos bienes a los que antes no tenía acceso, llegando a pagar por ellos precios desorbitados. Pero, tras la satisfacción de su reprimido afán de consumo, los rusos se vieron abocados a la inflación; para superarla, el gobierno autorizó el incremento de los salarios, lo que elevó los costes de producción. A su vez, eso produjo la disminución de las ventas, y pérdidas de explotación en unas empresas que todavía eran del Estado: éste tuvo que cubrir las pérdidas con subvenciones, lo que trajo como consecuencia el déficit público, algo hasta entonces desconocido en la Unión Soviética. Por si fuera poco el negativo panorama industrial, el sector agrícola contribuyó a empeorar la situación al no alcanzar ni en 1987 ni en 1988 los objetivos de producción previstos por la planificación estatal: esto obligó a importar alimentos, cuyo pago se cubrió con la exportación de productos petrolíferos. La regresión económica de la URSS se reflejó en el incremento de su comercio con los países del COMECON: antes, el volumen del comercio exterior soviético con estos Estados apenas llegaba al 50% del total, mientras que en 1989 superaba ya el 60%.

¹³ Véase el cuadro nº 3, en el que se ve el aumento de la deuda exterior.

Cuadro 4**COMERCIO ENTRE PAISES DEL COMECON EN 1989**

(Porcentajes de su comercio exterior)

	Importación %	Exportación %
URSS	61,2 %	60,3 %
Polonia.....	45,6	41,3
Checoslovaquia	75,2	75,6
R.D.A.	66,5	66,6
Hungría.....	44,4	46,0
Rumanía	46,1	41,4
Bulgaria	78,9	81,5
Cuba	84,7	88,2
Mongolia	95,6	93,8
Vietnam	82,8	69,5

Ese anómalo crecimiento de las relaciones comerciales soviéticas con los miembros del COMECON (también llamado CAEM, siglas del *Consejo de Ayuda Económica Mutua*) evidenciaba las crecientes dificultades de la URSS para colocar su producción en el mundo industrializado, y obtener así las divisas que necesitaba para paliar su intrincada situación. De ese modo, la economía de la URSS mostraba en el año 1989 signos inequívocos de encontrarse al borde de una profunda depresión: tenían una deuda exterior creciente y enorme, un progresivo déficit presupuestario, una inflación en aumento, una productividad en descenso, una inversión insuficiente para mantener la producción agrícola e industrial en un nivel satisfactorio, y —por si fuera poco— la amenaza del paro y del malestar social que sobrevendría al estallar la depresión que se avecinaba. Y, sin embargo, los soviéticos continuaban efectuando inversiones y gastos militares a todas luces desproporcionados con sus posibilidades económicas reales.

De ese modo, el gobierno de la URSS dirigido por Gorbachov se vio obligado a acudir a la única vía posible: la cooperación internacional. El mundo asistió entonces a un espectáculo inusitado: el presidente de la URSS, una de las potencias más poderosas del planeta, hacia una gira por los países occidentales más desarrollados e industrializados en demanda de ayuda con que sacar del atolladero a su maltrecha economía. También a España llegó Gorbachov en 1990: aquí tuvo una gran acogida popular —merecida por su labor política y de pacificación internacional— y consiguió arrancar al gobierno español una línea de crédito por valor de 150.000 millones de pesetas, que habrían de entregarse a la URSS a lo largo de varias anualidades.

Sin embargo, ante la inexistencia de garantías fiables en la evolución política, social y económica de la URSS sobre las que hacer préstamos, las naciones occidentales no apoyaron ardientemente esa iniciativa. Por ello, aunque las promesas y los buenos deseos fueron unánimes, su concreta materialización no respondió a las expectativas del gobierno soviético respecto al volumen de los créditos, ni a la rapidez en su entrega, ni a flexibilidad monetaria. El año 1989 fue el último año de crecimiento económico; pero las fuertes caídas en la producción industrial mostraban ya la irrefrenable descomposición del sistema, y auguraban un desplome de la economía soviética. En efecto, éste se produciría en 1990:

Cuadro 5**PRODUCTO NACIONAL DE LA U.R.S.S.**

(En miles de millones de dólares 1990)

Año	Producto	Crecimiento sobre año anterior
1985	1.257,4	2,6 %
1986	1.285,1	2,2 %
1987	1.306,9	1,7 %
1988	1.325,2	1,4 %
1989	1.341,1	1,2 %
1990	1.277,2	- 5,0 %
1991	1.082,4	- 18,0 %

Jiménez Rioja¹⁴ ha señalado que las causas específicas de tan radical derrumbamiento de la economía soviética son difíciles de explicar con precisión; pero, entre los diversos factores o causas que contribuyeron a la ruina del sistema económico socialista de la URSS, podrían citarse varias. En primer lugar, la rigidez del sistema, que no disponía de recursos o *stocks* de productos que pudieran ser utilizados en tiempos de crisis, y cuya economía minuciosamente planificada implicaba que el menor fallo en el proceso diera lugar a un reacción en cadenas de impredecibles consecuencias. El segundo lugar, la disminución de la producción petrolífera incidió directa y negativamente en un sistema de producción industrial basado en un desorbitado consumo de energía. Las consecuencias económicas son evidentes:

	Prod. Nal	Prod. Agric.	Prod. Indust.	Prod. Petróleo	Inflación Ofic.
1990	+ 5,0 % =	- 6 %	- 4 %	- 9 %	4,8 %
1991	- 10,0 % =	- 16 %	- 6 %	- 10 %	30,0 %

¹⁴ Nos referimos al artículo mencionado en la nota 12.

Adviértase que los datos de 1991 se refieren sólo al primer semestre de ese año, ya que el golpe de Estado de agosto acabó con las reformas planificadas por los economistas y *aparatchik* comunistas, y demostró su fracaso. A raíz de este suceso, una verdadera revolución popular semejante a la de 1917 (con la salvedad de que en vez de establecer el socialismo y la dictadura del proletario pretendía acabar con él y alcanzar la libertad) acabó con el sistema socialista y su economía planificada, e inició una nueva etapa en la historia de los pueblos y Repúblicas que componían la ya extinguida Unión Soviética. En este preciso momento, su transición real a la economía de mercado, ya en marcha, está aún en rodaje y es demasiado problemática y traumática, lo que hace más que arriesgado evaluarla o formular opiniones sobre ella.

Entre las diversas consecuencias producidas por este desastre económico de la antigua URSS, y además de las estrictamente económicas, ha destacado Antonio Truyol la aparición y aceleración de las tendencias centrífugas en las Repúblicas de la URSS, especialmente en las periféricas con etnias no eslavas. Esta situación, propiciada por el hundimiento de la economía soviética y su incapacidad para resolver los problemas sociales planteados en esas repúblicas, ha recibido un mayor impulso del nacionalismo emergente y oportunista, presto a abandonar el barco que se hunde; de ellos se hablará en el correspondiente epígrafe.

La religión, una clave exterior de la ruptura

Es bien conocida la profunda influencia sociológica y moral que la religión católica ha tenido tradicionalmente en Polonia, y muy en concreto en los acontecimientos que allí se han desarrollado en la década de los años ochenta de nuestro siglo. No es nada arriesgado afirmar que esa misma influencia que, al desaparecer Polonia como Estado, mantuvo unido al pueblo polaco en torno a su religión durante cien años (1815-1918), le confiriera en los años ochenta una unión y una firmeza que permitieron que Polonia fuese la primera nación del este de Europa en desembarazarse del yugo soviético y de la férrea dirección del Kremlin. La trascendencia de este hecho es que el ejemplo polaco sirvió de modelo y estímulo para otras reivindicaciones nacionalistas.

Paralelamente, es también sabido que esa profunda influencia de la religión católica en Polonia estaba potenciada por el hecho de que el Papa actual es, precisamente, de esa nacionalidad. El 16 de octubre de 1978 los cardenales, eligieron como 263º sucesor de San Pedro al polaco Karol Wojtyła, arzobispo de Cracovia: era el primer papa eslavo de la Historia, y el primero no italiano desde Adriano VI (1522-1523), el que fuera preceptor del emperador Carlos V. Una gran tradición de más de cuatro siglos y medio quedaba rota por el nombramiento del Papa polaco, quien escogería

el nombre de Juan Pablo II como homenaje al aperturismo renovador de Juan XXIII y al tradicionalismo eclesástico de Pablo VI, cuyas actitudes pretendía unir a lo largo de su pontificado.

Su nombramiento no pareció despertar ninguna desconfianza ni problema en el Kremlin, que entonces ignoró la trascendencia de aquel acontecimiento. Fue en junio de 1979, durante la primera visita papal a su Polonia natal, cuando el mundo comprendió la esperanza que el Papa representaba para los católicos polacos, y para los eslavos de la Europa del Este: *He venido aquí —decía en Cracovia— para hablar ante toda la Iglesia, ante Europa y ante el mundo acerca de aquellas naciones y pueblos a menudo olvidados, para gritar con voz fuerte y abrazar a todas sus agentes... No se puede excluir a Cristo de la historia del hombre en ninguna parte del globo, en ninguna longitud ni latitud geográfica...* De este modo, ante el mundo entero, el Papa se convertía en el portavoz del Este católico de Europa, así como en el aglutinante de varias decenas de millones de católicos que allí resistían moralmente a la imposición de un ateísmo militante que, desde los tiempos de Stalin, el Kremlin fomentaba dentro del “telón de acero” como una condición necesaria para la llegada e implantación del comunismo prometido por Marx, que era la meta de aquellas “democracias populares”.

Cuando en Polonia, su patria, surgió un sindicalismo católico y libre que se enfrentaba en un verdadero desafío al marxismo como ideología y al leninismo como praxis, muchos miraron hacia Roma como el fundamento y origen de la fuerza moral que sostenía a los polacos y a su lucha; algo que también el Kremlin comprendió entonces. En el verano de 1980 estallaba en Polonia una oleada de huelgas, con inusitado tesón, para obtener unas libertades que hasta entonces habían estado negadas a los trabajadores; en aquel momento, todos recordaron la intervención del Pacto de Varsovia que, en 1968, cercenó en Checoslovaquia la “primavera de Praga”, y estaba muy reciente la invasión rusa de Afganistán realizada el año anterior: el mundo entero temió una invasión soviética de Polonia para “poner orden”. Fue entonces cuando el Papa advirtió públicamente estar *dispuesto a ir junto a mi pueblo, desarmado como un mártir*¹⁵. Esta fue la más firme y arriesgada toma de postura que jamás haya hecho un pontífice en la Edad contemporánea. La convicción que implicaba, así como la férrea voluntad que suponía, eran un abierto desafío contra los dirigentes del Kremlin y contra el “orden soviético” establecido en el Este de Europa. En ese contexto se produjo el atentado contra el Papa (mayo de 1981); pero este hombre fuerte no se acobardó ante el terrorismo ni el peligro, y mantuvo su extraordinaria entereza.

¹⁵ Ambas citas de las palabras del Papa están recogidas de M^a Isabel LEON RAMOS y M^a Dolores BOSCH I CARRERA: “La URSS, 1945-1990”, en PAREDES, L. (coord.): *Historia contemporánea*. Madrid, 1990, pp. 454 y ss.

Precisamente por esta actitud de enfrentamiento de una Iglesia que aglutinaba millones de seguidores en torno a una fe y a una persona (en aquellos momentos, un Papa polaco) frente a un sistema y un bloque de Estados que, por su parte, aglutinaban también millones de seguidores en torno a una ideología y unas convicciones, se creyó en aquellos días que aquel brutal e inútil atentado contra un *hombre de Dios* estaba inspirado y dirigido por el Kremlin. Se pensaba entonces que los soviéticos lo habrían preparado para quitar de en medio la ya peligrosa figura del Papa, para acabar con un obstáculo al omnímodo poder ruso en el Este, para abortar en la Europa oriental los movimientos de disidencia y de diálogo con los católicos y con los occidentales, y para acabar con el nocivo relajamiento del sistema soviético y de la férrea disciplina que Stalin había impuesto al bloque comunista.

Ciertamente, el atentado que el turco Ali Agca cometió en la Plaza de San Pedro el 13 de mayo de 1981 dejó al mundo estupefacto. Tras las primeras investigaciones se sospechó que la organización ultranacionalista "Lobos grises", a la que pertenecía el agresor, no era sino una tapadera tras la que se ocultaba la intriga de una potencia; en aquellos momentos de crispación se comentaba que era a la URSS a quien más beneficiaría la desaparición del pontífice polaco. Pero nada se pudo probar. Por otro lado, la información proporcionada por el seguimiento de la pistola usada en el atentado llevó a algunos investigadores a formular una hipótesis, que entonces se llamó la "*pista búlgara*": la URSS habría instigado y preparado el atentado, pero había encargado su realización a los servicios secretos de Bulgaria, un país de Este especializado en la "guerra sucia" y en la eliminación de disidentes que habían logrado escapar a Occidente. Aunque unos lo afirmaron y otros lo negaron, el asunto quedó ahí como un tema a resolver en el futuro.

Ningún obispo del Este eslavo había sido Papa antes, pero la decisión de los cardenales católicos al elegir a Karol Wojtyla como Sumo Pontífice de la Iglesia parecía acertada: *Polonia se había convertido en el centro mundial más intenso del catolicismo*¹⁶. Tanto Hitler como Stalin habían intentado destruir la Iglesia polaca, pues había sido su fe católica la que mantuvo la unidad del pueblo polaco cuando su antiguo reino desapareció del mapa europeo y su territorio quedó dividido entre tres grandes Estados. Hitler clausuró las escuelas, seminarios y universidades de la Iglesia, y liquidó a un tercio del clero polaco. A su vez, Stalin impondría en 1945 el gobierno de Lublin, confiando que la Iglesia desaparecería de Polonia en el transcurso de una generación. Pero la Polonia anterior a la II Guerra Mundial, donde la Iglesia gozaba de un reconocimiento especial, fue menos favorable para el catolicismo que la República Popular, a pesar de que en ésta se persiguió directamente a la Iglesia católica.

¹⁶ JOHNSON, *ob. cit.*, pp. 701 y ss.

La nueva Polonia, nacida de 1945, era un Estado de los más homogéneos de la Tierra, con fronteras estables y reales: más de 95% de sus habitantes eran polacos, y casi todos eran católicos bautizados. Así, el catolicismo se convirtió en el aglutinante de la resistencia polaca frente a un régimen comunista, extraño a las tradiciones nacionales. Hacia los años sesenta, los sacerdotes católicos eran ya 18.000, los mismos que antes de la guerra; a la vez, los religiosos habían pasado desde 22.000 en 1939 a 36.500, y el número de conventos y fundaciones monásticas era de un 50% más que antes de la guerra. Respecto a las prácticas religiosas, el 94% de los niños recibían la Comunión después de cursar instrucción religiosa en algunos de los 18.000 centros catequísticos, y más del 90% de los polacos eran sepultados conforme al rito católico. El trasvase demográfico *campo-ciudad renovó la evangelización de la población urbana* (justamente al revés que en el resto de Occidente), y hasta el 75% de los habitantes de las ciudades se casaban por la Iglesia. Además, la asistencia a misa en domingo superaba el 50%, incluso en las ciudades. Estas cifras no eran igualadas en parte alguna del mundo, ni siquiera en las tradicionalmente católicas España e Italia, lo que confería a Polonia un carácter excepcional y religiosamente vanguardista.

Juan Pablo II, el Papa polaco, reveló un espíritu realista y acorde con los tiempos al subir al solio pontificio, reflejando en su dirección de la Iglesia el consevadorismo y el retorno a la autoridad que fueron las características de la transición de los años setenta a los ochenta. De ese modo fue imponiendo la restauración del catolicismo tradicional. Convirtió en rutinarios los viajes papales a todos los continentes del mundo, algo insólito en tiempo de Pio XII y Juan XXIII, y que tan sólo Pablo VI se atrevió a iniciar... no sin el escándalo de algunos sectores demasiado anclados en el pasado. Sin embargo acertó en su objetivo pastoral: sus viajes atrajeron algunas de las multitudes más numerosas de la historia. Se calcula que más de 1.000 millones de personas asistieron personalmente a sus servicios religiosos, y muchos más a las retrasmisiones por televisión de esos actos; concretamente, en Africa e Iberoamérica han sido usuales congregaciones de más de un millón de personas, y en Irlanda acudió a oírle en algunos de sus actos la mitad de la población del país. La apoteosis se produjo en Polonia, cuando el Papa acudió al santuario de la Virgen negra en Czestochowa: asistieron 3.500.000 personas, la numerosa congregación de seres humanos jamás conocida¹⁷.

Pero en Polonia no sólo había un resurgimiento de la religión, sino también un renacer de las tradiciones ansias de libertad frente al siempre amenazador Imperio ruso —soviético entonces—; esas aspiraciones se habían despertado en 1948, cuando su gobierno comunista cambió de táctica e impuso la colectivización de la producción polaca según los intereses de la URSS. Simultáneamente, el ataque contra la sociedad polaca iba

¹⁷ *Ibidem*.

paralelo al ataque contra la Iglesia polaca, a la que se quiso reducir al silencio mediante el encarcelamiento del primado, el Cardenal Stefan Wyszynski. Pero sus fracasos en la economía y el deshielo político de la URSS a la caída de Stalin obligaron al POUP (Partido Obrero Unificado Polaco, nombre que allí tenía su partido comunista) a cambiar su política. Así, después de que en Poznam fuese sofocada a tiros una manifestación obrera en junio de 1956, en octubre de ese mismo año se producía un viraje político; Wladyslaw Gomulka prometió un “camino polaco al socialismo”, acabó con la persecución a la Iglesia liberando al Cardenal Wyszynski, y se abandonó la colectivización del campo. Pero, a pesar de algunos éxitos políticos (entre otros, la firma en 1970 con R.F.A. de la frontera Oder-Neise (Odra-Nysa para los polacos)), a mediados de diciembre de ese año estallaban en Gdansk, Gdynia y Szczecin sendas huelgas obreras, que el Ejército reprimió a tiros contra la multitud indefensa.

Gomulka fue entonces sustituido por Edward Gierek, quien intentó reformar el sistema sin conseguirlo, y mantuvo a Polonia en una situación de dependencia económica respecto de la URSS. No obstante, las huelgas obreras de 1976 fueron reprimidas, pero ya no con armas de fuego. En aquel momento, en defensa de aquellos obreros oprimidos y ultrajados intervino un grupo de intelectuales que formó el KOR (Comité de Defensa de los Obreros). Poco numeroso al principio, este grupo tuvo gran influencia en la sociedad polaca al servir como aglutinante de la oposición al poder comunista: fue así como en Polonia, al igual que había ocurrido en toda Europa durante el siglo XVIII, la cultura desempeñó un gran papel en la formación de actitudes sociales. Gracias a los intelectuales de dentro, y a los del exilio (que influían en su país a través de la literatura, de la revista *Kultura* y de las emisiones de *Europa Libre*), los polacos estuvieron en contacto con el pensamiento europeo occidental; una muestra del vigor de la cultura polaca podría ser la concesión del premio Nobel de literatura, en 1980, a Czeslaw Milosz.

Mientras tanto, se iba dejando sentir cada vez con más fuerza la poderosa influencia de la Iglesia católica, no sólo por su papel de guardiana de la fe, sino por los de propagadora de los principios morales y firme defensora de las tradiciones nacionales. Este papel de la Iglesia aumentó en octubre de 1978, al ser elegido Papa el Arzobispo de Cracovia. Su primera visita a su Polonia natural, en junio de 1979, supuso el culmen del catolicismo en Polonia: cerca de tres millones y medio de compatriotas suyos se reunieron con él en el santuario nacional de Czestochowa para recibir su apoyo y, a la vez, mostrarle su profunda unión con sus obispos y con Roma. De ese modo la sociedad polaca, hasta entonces desvertebrada por la prohibición de cualquier forma independiente de asociación que no fuese comunista, recuperó su unidad, su fuerza y su autoestima.

Esa fuerza se evidenció al año siguiente: como ya hemos señalado, en el verano de 1980 estalló en Polonia una oleada de huelgas que empezó en

Lublin, alcanzó a Gdansk y se extendió por todo el país. Aquéllos fueron unos difíciles momentos de lucha contra la dirección y el sindicalismo comunista. En Gdansk, por ejemplo, el comité de huelga estaba dirigido por un electricista católico llamado Lech Walesa; allí, los obreros de los astilleros *Lenin*, después de oír misa y comulgar, debatían la estrategia sindical frente al gobierno, y finalizaban la reunión con una manifestación por la ciudad. Destacados intelectuales polacos, como ocurriera en 1976, asesoraban a los huelguistas. Y a todo ello se vino a sumar la firmeza de las palabras del Papa: *Estoy dispuesto a ir junto a mi pueblo, desarmado como un mártir*. Ante la fuerza de la huelga obrera, el gobierno se vio obligado a negociar con los trabajadores; éstos presentaron una lista de 21 peticiones: en ellas se reclamaban aumentos salariales, la supresión de la censura y el derecho a crear sindicatos libres. Y el gobierno cedió: por primera vez se abstuvo de recurrir a la violencia. Dos meses después aparecía *Solidarnosc*, un sindicato católico¹⁸.

Solidarnosc se expandió rápidamente: en pocos meses alcanzó los 10 millones de afiliados, una cifra sin parangón en todo el mundo. En realidad, además de un sindicato, era un movimiento social que luchaba con métodos pacíficos por las reformas socioeconómicas y por la independencia política respecto a Moscú. Pero la tolerancia de E. Gierek y de Stanislaw Kania había sido momentánea: después de 16 meses de existencia legal del sindicato, el general Wojciech Jaruzelski (1981-1989), antes ministro de defensa y entonces nuevo secretario del POUP y líder de Polonia, en la noche del 12 al 13 de diciembre de 1981 suspendió *Solidarnosc*, encarceló a Walesa y a 6.000 dirigentes, declaró el estado de guerra, envió comisarios militares a las fábricas y oficinas, y reprimió con extrema dureza las huelgas (en la mina Wujec murieron siete mineros). En realidad, Jaruzelski era objeto de las presiones del conservador aparato del POUP y, a la vez, del dirigente de la URSS, Leonid Breznev, quien había proclamado la doctrina de la "soberanía limitada" de los países del Este europeo.

La situación era muy compleja: por una lado, el aparato soviético de Breznev continuaba dirigiendo el bloque comunista, y se temía que hubiera en Polonia una intervención militar del Pacto de Varsovia (como ocurriera en Checoslovaquia en 1968); por otro, Yuri Andrópov, entonces jefe del KGB, pedía a su encargado en Varsovia un estudio sobre la forma más adecuada para *acercarse físicamente* al Papa e iniciar contactos con Roma. Las presiones de la URSS sobre Jaruzelski debieron ser fortísimas y le obligaron a declarar el estado de guerra; con ello evitó, al parecer, la invasión soviética a un precio relativamente bajo (siete muertos), pues fue

¹⁸ RONCHEY, b. cit., pp. 147-152. Para más información, consúltese la obra de TYMOWSKI, M. y otros: *Histoire de la Pologne*, París, Ediciones Spotkania, 1986-1987.

un “estado de guerra” con guante de seda —como dijo Estarriol¹⁹— y tan sólo duró una año. Con todo, la gestión del general no fue nada eficaz; tampoco podía serlo, puesto que la dirección misma del Kremlin se encontraba sin saber qué rumbo seguir tras la muerte de Breznev (en noviembre de 1982) y los breves períodos de Andrópov y Chernienko.

La resistencia a las medidas represoras del gobierno fue inmediata: en enero de 1982 se difundía clandestinamente periódicos y comunicados. Los esfuerzos de la censura y de la propaganda oficial fueron vanos: de nuevo volvió a producirse en Polonia la división entre el gobierno y la sociedad que, iniciada en 1945, había sido establecida en 1948. La sociedad polaca, en aquellos momentos, siguió buscando el apoyo y protección de su Iglesia: en los templos se organizaron encuentros y debates. Pronto se inició la represión, pero cuando en 1984 la *SB* —policía política— asesinaba en Varsovia al sacerdote Jerzy Popieluszco, muy popular entre los obreros de *Solidarnosc*, los católicos encontraron una base para su confrontación con el gobierno comunista de Jaruzelski. Los asesinatos fueron procesados, pero el juicio mostró la descomposición del Estado y su administración. La resistencia de la sociedad iba en aumento, así como el prestigio de la oposición al régimen; la ley marcial no solucionaba nada, el gobierno apenas controlaba la situación, y la catástrofe económica se patentizó. Por si fuera poco, en 1983 recibía Lech Walesa el premio Nobel de la Paz.

En 1988 el deterioro del sistema comunista en Polonia era ya demasiado grande: en mayo y agosto se produjeron nuevas huelgas en los astilleros *Lenin* de Gdansk. Esta vez Jaruzelski, ya escarmentado, no dudó en entablar un diálogo político con los dirigentes del clandestino *Solidarnosc*. En 1989, con la mediación de la Iglesia, se iniciaron negociaciones entre el gobierno y la oposición; la coyuntura era entonces muy favorable, puesto que en la URSS ya había empezado la *perestroika* de Gorbachov y los países occidentales apoyaban las reformas en Polonia. En la primavera de ese año (el “año de la democracia en el Este”) se firmaban los acuerdos de aquella “mesa redonda”: eran los primeros que se conseguían en la historia del comunismo.

En virtud de esos acuerdos, en junio se celebrarían elecciones parlamentarias con bastante libertad, aunque se reservaban cierto número de escaños para el POUP y sus afines (Partido Campesino y Partido Democrático) en el *Sejm* —el Congreso polaco— y libertad total para el Senado. El resultado de las elecciones mostró que los comunistas habían logrado a duras penas el contingente de diputados acordados, con lo que pasaron a la oposición. La victoria fue para el *Centro Cívico*, órgano político de

¹⁹ Ricardo ESTARRIOL: “Europa comunista, 1945-1990”, en PAREDES, J.: *Historia contemporánea*. Madrid, 1990, p. 562.

Solidarnosc, que con otros grupos logró formar un gobierno de concentración democrática bajo su dirección. Gracias a las gestiones de Walesa, Tadeus Mazowiecki —uno de los intelectuales asesores del sindicato católico— presidió el primer gobierno no comunista de un país de ese bloque. El ejemplo de la transición política realizado en Polonia aceleró los cambios en toda la Europa oriental: inmediatamente seguirían la R.D.A., Checoslovaquia, Hungría, Rumanía (con un golpe de Estado y la ejecución del *Conducător* —caudillo— Ceaucescu) y Bulgaria.

La influencia sociológica y moral que el Papa polaco tuvo en los acontecimientos de Polonia no pasó desapercibida a nadie desde el principio mismo de los acontecimientos. Ciertamente ni el Vaticano ni sus portavoces mencionaron el tema ni lo destacaron jamás: hubiera sido una provocación o una llamada al enfrentamiento público. En cambio, ese influjo sí fue muy destacado por múltiples periódicos y medios informativos del mundo. Por su parte, el Kremlin —como el Vaticano— tampoco se pronunció oficialmente sobre el asunto en aquellos momentos; pero hoy conocemos más datos de los que entonces reflejaban los periódicos: a raíz de la caída de los regímenes comunistas, muchos archivos han salido a la luz, y muchos protagonistas han efectuado declaraciones que resultan totalmente esclarecedoras.

Una de esas declaraciones es la de Petar Mladenov, ex-Presidente de Bulgaria y ministro de Asuntos Exteriores durante 18 años. Este cualificado dirigente búlgaro, en una entrevista concedida a *IL CORRIERE DELLA SERA*²⁰, decía que el atentado cometido contra el Papa en 1981 había sido fruto de una conspiración internacional para impedir al aperturista Yuri Andrópov, entonces jefe del KGB, suceder a Leonid Breznev como líder de la Unión Soviética. Puntualizaba Mladenov que *enemigos de la distensión externos a la URSS, temían que Andrópov llegara al poder, porque era inteligente, preparado y valiente, y deseaba dialogar con el mundo católico*. Decía que el complot tenía tres objetivos: el primero era impedir que el jefe del KGB, Andrópov, se convirtiese en Secretario general del PCUS y en el nuevo líder soviético; el segundo era sabotear el diálogo entre comunistas y católicos, en el que el Papa hacía el papel de intermediario; y el tercero, entorpecer el delicado engranaje de la distensión entre las dos potencias. Añadía Mladenov que la muerte del Papa *habría provocado gravísimas repercusiones en las relaciones entre la URSS y Polonia, y habría afectado al frente renovador interno soviético, que estaba representado por Andrópov y Gorbachov*.

Respecto a la famosa “pista búlgara” del atentado contra el Papa, Mladenov afirmaba que, en contra de lo que entonces se dijo, no era Bulgaria la que estaba detrás del complot, sino enemigos implacables de Andrópov

²⁰ *IL CORRIERE DELLA SERA* es un diario que se edita en Milán. La entrevista a la que nos referimos apareció en el ejemplar del 20 de noviembre de 1992.

ajenos al bloque comunista. En su entrevista, el búlgaro acusaba a la CIA americana y a sectores del KGB soviético de haber urdido ese complot para abortar la “perestroika” que iniciaba Yuri Andrópov; señalaba que la verdad del hecho debería seguir al menos cuatro direcciones (Alemania, EE.UU., Francia y el Vaticano), y que el Papa sabía ya que el gobierno y el pueblo búlgaro eran inocentes: precisamente Mons. Rizzi, nuncio apostólico en Sofía, se ha expresado recientemente en ese mismo sentido. A este propósito, al diario milanés recogía también la declaración de Leonid Vladimirovich, el último jefe (1989-1991) del KGB; aseguraba éste que, cuando fue nombrado responsable de dicho departamento, recibió de Gorbachov órdenes de que investigase el atentado: *No encontraré nada —decía—, y no porque las pruebas hubiesen desaparecido, sino porque el KGB no tuvo nada que ver.* Dando la razón a Mladenov, afirmaba Sherbashin que se trató *de una operación de la CIA en colaboración con servicios (secretos) hermanos.*

Un mes después de estas declaraciones, y ahondando aún más en esta dirección de tan vidrioso asunto, la revista italiana *IL SABATO*, de notoria tendencia democristiana, publicaba a finales de diciembre que la verdad sobre el atentado al Papa no saldrá nunca a la luz debido a un *acuerdo político entre Yuri Andrópov y los círculos americanos*; con esta expresión, la revista se refería a quienes rodeaban a G. Bush (entonces jefe de la CIA y luego presidente de los EE.UU.), George Schultz y Henry Kissinger, los cuales habrían mantenido al presidente Reagan al margen del asunto. Si todo lo dicho son especulaciones o realidades, sólo el tiempo nos lo podrá mostrar. En nuestros días, lo que a nadie se escapa es que los sectores polacos nostálgicos del comunismo, y otros oportunistas a cuyos objetivos también interesa, están pretendiendo minar la autoridad moral de la Iglesia católica polaca: a este propósito han conseguido convencer a los seis grupos de *rock* más importantes de Polonia para que, en la letra de sus canciones, arremetan contra el clero polaco (aún no se ha atacado directamente al Papa) con mas dureza que las letras de la provocadora italo-norteamericana Madonna, o la neurótica irlandesa Sidney O’Connors.

Al margen de este asunto, lo que de la cuestión religiosa de línea católica preocupaba al Kremlin era que el asunto polaco no fuese un caso aislado, sino que —por esa unión supranacional que supone el catolicismo— fuese un modelo o ejemplo a seguir para otras naciones del Este con esa confesión religiosa, e incluso para algunas de las Repúblicas mismas de la URSS. Y de hecho así fue: la católica Lituania, muy unida a Roma desde los difíciles años de persecución a la Iglesia y a los católicos en la URSS de Stalin, avivó su nacionalismo y su distanciamiento de la Rusia soviética, arrastrando con ella a sus otras dos vecinas República Bálticas, si bien éstas eran de confesión protestantes, pero de similares sentimientos nacionalistas. Sin embargo, los sucesos más trascendentales en Lituania tuvie-

ron lugar no en la época de Breznev (como ocurriera en Polonia), sino en la de Gorbachov, quien tenía una actitud más dialogante: en enero de 1990, cuando visitó Lituania con el fin de convencer a los nacionalistas de que no se separasen de la Unión Soviética o de que, al menos, lo hicieran más tarde, Gorbachov no dudó en mezclarse con el pueblo lituano y defender su idea de la Unión ante el público que le rodeaba.

Finalmente, y dentro del ámbito de la clave religiosa para entender el proceso de ruptura y transformación del bloque comunista, es preciso recordar aquí otro elemento religioso que también ha influido en la ruptura y descomposición del bloque comunista: el islam, o —más en concreto— el radicalismo que habitualmente solemos llamar “fundamentalismo” o “integrismo” islámico. Este segundo influjo profundo, también de tipo religioso, es particularmente evidente y problemático en las repúblicas asiáticas de la CEI, pero también se ha dado en la Europa del Este: en nuestros días, por ejemplo, asistimos a la masacre serbia contra los musulmanes de Bosnia-Herzegovina. La influencia del Islam en los cambios del Este proviene de dos sucesos diferentes, unos externo y otro interno, que ocurrieron ambos en 1979.

El primer suceso, el factor externo, fue el triunfo de la revolución fundamentalista islámica en el vecino Irán, lo que permitió el ascenso al poder del *ayatollah* Jomeini y de sus fanáticos *pasdaranes* o “guardianes de la revolución”. El impulso que este hecho supuso para el integrismo islámico en algunas regiones euro-asiáticas de la URSS es hoy evidente en varias de las luchas nacionalistas que actualmente se dan en aquellas áreas, y que algunas veces han sido tomadas por contiendas étnicas cuando realmente son enfrentamientos religiosos-culturales²¹.

Como muestra de ello, podemos recordar los recientes sucesos en Tadyikistán, una de las actuales repúblicas asiáticas de la CEI y fronteriza en Afganistán: el 7 de septiembre de 1992, una coalición de fundamentalistas islámicos, demócratas y nacionalistas había expulsado de la capital —Dusambé— al presidente Rajmon Nabiyeu, quien, a pesar de ser comunista de la vieja guardia brezneviana, había ganado en noviembre anterior las elecciones presidenciales. Los *kulyabí*, milicias procomunistas leales a Nabiyeu, lucharon durante un mes y medio contra el gobierno provisional islámico hasta que, tras un contragolpe de Estado, sus carros de combate entraban de nuevo en al capital el 24 de octubre: tras expulsar al presidente provisional, Akbarcho Iskandarov, asaltaron la residencia de Ali-Akbar Turanjodzoda, líder espiritual islámico del Tadyikistán, al que apresaron. En ambos momentos, las tropas rusas de la 201 División allí estacionadas mantuvieron una estricta neutralidad, sin intervenir para nada; pero todos los comentaristas han destacado el alivio que a la CEI le supuso que Nabi-

²¹ Sobre la revolución iraní, véase JOHNSON, *Ob. cit.*, pp. 704-710.

yev alejase el peligro de un Tadyikistán islámico, que podría acercarse al gobierno musulmán afgano. De hecho, cuando a finales del pasado diciembre las tropas comunistas de Nābiyev buscaban y ejecutaban a sus opositores, más de 80.000 tadyikos demócratas y fundamentalistas del FDP (Frente Popular Democrático) cruzaron el Amur Daria buscando refugio en Afganistán, cuyo gobierno islámico les concedió asilo.

El factor interno, fue al invasión de Afganistán por el Ejército Rojo en diciembre de 1979. La URSS intentó justificar su intervención en este área del Indico aduciendo que pretendía auxiliar a aquel gobierno amigo frente al acoso que sufría por parte de bandas rebeldes. En realidad, la intrusión de la URSS en Afganistán se encontraba en curso de preparación desde hacía algún tiempo, con el doble objetivo de intentar controlar las discordias entre las facciones de Nur Mohammed Taraki y de Hafizullah Amin que, en abril de 1978, habían llegado al poder en Afganistán mediante un golpe prosoviético contra el presidente Muhammad Daud, y, por otro lado, sostener al gobierno de Kabul contra la guerrilla islámica y nacionalista.

En realidad, tras instalar en 1980 un gobierno comunista títere presidido por Babrak Karmal, los soviéticos se habían servido de las circunstancias de Afganistán para asegurarse un doble provecho: por un lado, avanzar hacia las áreas y la “vida del petróleo”; por otro, empezar a destruir las fuentes de contagio del fundamentalismo islámico que, recién instalado en Irán, podía ejercer una fuerte atracción sobre las vecinas Repúblicas musulmanas del sur de la URSS e iniciar la ruina de ésta con su desgajamiento y una posible guerra civil en la hasta entonces monolítica Unión Soviética. Pero la cruel guerra (1979-1988) contra los *muyaidhines* islámicos, que causó centenares de miles de bajas a las tropas invasoras soviéticas (casi 3.000 mensuales, entre muertos y heridos) y produjo cerca de tres millones de exiliados, no sólo no fue positiva para la URSS sino que, finalmente, acabó siendo un poderoso elemento de desgaste del sistema; y lo peor fue que los 42 millones de musulmanes de la URSS se vieron influenciados más por la derrota humillante del poder soviético en Afganistán que por la difusión del integrismo islámico jomeinista²².

Esta curiosa aventura se produjo en unos momentos de distensión militar a la vez que de lucha ideológica: a la marxista “redición del proletariado” se le enfrentaba entonces la “defensa de los derechos humanos” propugnada por el presidente americano Carter. La intervención en Afganistán, curiosa y extremadamente similar a la fracasada intervención norteamericana en Vietnam, fue analizada por Adam Ulam, historiador y profesor en Harvard, quien la evaluaba así: *Ahora que la unidad del mundo comunista es irrecuperable y hasta su ideología está desacreditada o es irrelevante para la mayoría de los ciudadanos soviéticos, el sistema trata de mostrar vitalidad mediante el expansionismo*. Parecidos términos utili-

²² RÓNCHÉY, *Ob. cit.*, pp. 128 y ss., y 139 y ss.

zó Daniel Vernet, corresponsal de *LE MONDE* en Moscú: *Tal vez los dirigentes soviéticos —escribía— quieren demostrar en escenarios periféricos el dinamismo de un sistema y de una ideología que son cada vez más difíciles de probar en el interior.*

Los nacionalismos emergentes, tercera clave

Los sentimientos populares, alógicos por naturaleza, pueden quedar ocultos o larvados, pero permanecen durante un largo tiempo que, a veces, abarca a tres o cuatro generaciones. Para muchos de los pueblos o gentes de las diversas Repúblicas y etnias que formaban la Unión Soviética, los miembros del PCUS y los *aparatchik* de la Administración eran una élite o “clase” al margen de la sociedad general soviética, que por definición era una sociedad sin clases. Dentro de ese aparato político, los rusos eran los dirigentes que, desde Moscú, planificaban y dirigían a todos los demás pueblos y Repúblicas. Su dominio se basaba en la fuerza del sistema y en la férrea disciplina que imponían, en el miedo de las masas y del resto de las Repúblicas o pueblos a los resortes del poder, en el famoso culto a la personalidad de los dirigentes, y en los éxitos militares y espaciales de las URSS: si las primeras eran las causas que Stalin utilizó con mano dura para reprimir disidencias, la última era especialmente objeto de una machacona propaganda que transformaba aquellos éxitos en la muestra evidente del triunfo del sistema soviético y de la economía socialista en *todos* los ámbitos.

Sin embargo, la ruina de la economía socialista, por un lado, y el abierto desafío a Moscú lanzado por los polacos que, apoyados por un Papa de su nacionalidad, pretendían librarse de la pesada dirección rusa, por otro, mostraron que el Imperio soviético era un gigante con pies de barro: a partir de ese momento, muchos sectores y grupos constataron la debilidad del sistema. Por ello, se apresuraron a combatirlo para, en unos casos, librarse de su dominio y conquistar su parcela de poder, y, en otros, obtener su propia independencia. En este proceso de disgregación del bloque comunista, la señal de salida la dieron los ministros de Asuntos Exteriores del Pacto de Varsovia cuando, en octubre de 1989, afirmaron *el derecho de cada pueblo a decidir libremente su suerte*. Desde febrero siguiente, las tropas soviéticas empezaron a retirarse de los países del hasta entonces “telón de acero”. Ya en otro epígrafe anterior quedó dicho que Antonio Truyol, en unas conferencias, había señalado las claras tendencias centrífugas de las repúblicas periféricas no eslavas de la URSS, y que esas tendencias —despertadas por la *perestroika*— fueron realmente propiciadas por los fracasos de la economía dirigida soviética. Singularmente afectadas por ese proceso centrífugo fueron las tres repúblicas bálticas de Estonia, Letonia y Lituania, así como las de Moldavia, Georgia y Armenia.

Por otro lado, y fuera ya de la URSS, el relajamiento de los vínculos de subordinación en los países del Este de Europa respecto a la Unión Soviética condujo en esos países a la caída de sus regímenes comunistas.

Por esto, de hecho y metodológicamente, el hundimiento de la URSS y del comunismo como sistema político ha permitido la aparición de dos tipos diferentes de nacionalismos; el de los pueblos que integraban la URSS, de diversas etnias, culturas y ubicación geográfica, y el de los pueblos europeos que, autodenominados como “democracias populares”, formaban parte del bloque comunista, del llamado “telón de acero”. Ambos tipos de nacionalismos son totalmente diferentes y distintos en sus características, motivaciones, objetivos y problemas internos; por eso, aunque sea brevemente, deberán ser aquí descritos de forma diferenciada y separada.

A) *Los nacionalismos internos en la URSS:*

Respecto a los nacionalismos de los diferentes pueblos y Repúblicas que formaban la antigua URSS, es sabido que en las zonas periféricas del imperio soviético había un profundo, aunque larvado, rencor hacia Moscú: es bien conocido que, al término de la II Guerra mundial y de forma similar a la que utilizaran los *nazis*, Stalin había cargado en camiones a pueblos o nacionalidades enteras y las había enviado a zonas de Siberia o de otras regiones periféricas. Ese fue el caso de 380.000 alemanes del Volga, lo que podrían ser fácilmente explicable después de una guerra con Alemania; pero no lo era tanto el traslado de 407.000 chechenos, 200.000 tártaros de Crimea, 134.000 calmucos, 92.000 inghustios, 75.000 karachianos, 42.000 bacares, etc.²³. Y esto sin contar los ucranianos masacrados por haber combatido junto a Hitler.

Para poder entender mejor ahora el papel objetivo y real que cada República representaba en el conjunto de la URSS, nada mejor que conocer las bases demográficas y económica sobre las que cada una de ellas afirmaba su fuerza o importancia en el conjunto de la Unión. En este sentido, parece conveniente recordar los últimos datos fiables antes de la extinción de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas:

²³ CARRERA D'ENCAUSE, H.: *L'Empire éclaté*, París, 1968, cap. I.

Cuadro 6

DATOS DEMOGRAFICOS Y ECONOMICOS DE LA U.R.S.S. EN 1990

Repúblicas	Población	Producto Nal.	Parte en URSS	R.P.C.
Federación Rusa	147.400.000	780.400 millo. \$	61,1 %	5.300 \$
Ucrania	51.700.000	207.500 millo. \$	16,3 %	4.020 \$
Kazajstán	16.500.000	54.500 millo. \$	4,3 %	3.310 \$
Bielorrusia	10.200.000	53.000 millo. \$	4,2 %	5.200 \$
Uzbekistán	19.900.000	41.900 millo. \$	3,3 %	2.110 \$
Azerbaiyán.....	7.000.000	22.100 millo. \$	1,7 %	3.160 \$
Georgia	5.500.000	20.700 millo. \$	1,6 %	3.770 \$
Lituania.....	3.700.000	18.000 millo. \$	1,4 %	4.870 \$
Moldavia.....	4.300.000	15.600 millo. \$	1,2 %	3.630 \$
Letonia.....	2.700.000	14.200 millo. \$	1,1 %	5.260 \$
Armenia.....	3.300.000	11.700 millo. \$	0,9 %	3.550 \$
Kirguizistán	4.300.000	10.100 millo. \$	0,8 %	2.350 \$
Tadyikistán	5.100.000	9.700 millo. \$	0,8 %	1.910 \$
Turkmenistán.....	3.500.000	9.500 millo. \$	0,7 %	2.720 \$
Estonia.....	1.600.000	8.300 millo. \$	0,6 %	5.190 \$
Total.....	286.700.000	1.272.100 mill. \$	100,0 %	

En la Unión Soviética, el nacionalismo surgió como una forma social de oposición política; es decir, como el modo que tenía un pueblo concreto no-ruso de diferenciarse y oponerse a los rusos —u otros pueblos aliados con ellos— que le habían sojuzgado durante años... o durante siglos. Así adoptó claramente desde el principio actitudes étnicas, por problemas de convivencia entre grupos diferentes desde un punto de vista racial y, consecuentemente, cultural e incluso religioso. En realidad, los primeros estallidos nacionalistas con estas características fueron los enfrentamientos en Nagorno-Karabag de los armenios con los azeríes; pero lo que dio al traste con la Unión, hasta el punto de obligar a Gorbachov a renegociar un nuevo “Tratado de la Unión” fue el nacionalismo separatista e independentista de Lituania y de las otras dos repúblicas bálticas. Como se apuntó en el epígrafe anterior, Lituania fue la primera en seguir el ejemplo de Polonia en su desafío a la URSS y en sus deseos de soberanía e independencia real.

En diciembre de 1988, Gorbachov —el artífice de la *perestroika*— anuncia ante la ONU el final de la “guerra fría”. Al año siguiente, vientos democratizadores sacuden la Europa del Este: en noviembre cae el muro de Berlín, y en diciembre admite la URSS el pluripartidismo. En ese momento se produce la “cuestión báltica”: de enero a marzo de 1990, Lituania (dirigida por el nacionalista Landsbergis) y las otras dos repúblicas bálticas inician un movimiento separatista declarando ilegales los

acuerdos que las incorporaron a la URSS por ser el fruto del reparto hecho entre Hitler y Stalin, y haber sido impuesto por la fuerza de las armas, y no por la voluntad popular. Entonces se produjo la intervención de algunos comandos especiales del ejército soviético (los *boinas negras* del Ministerio del Interior y los paracaidistas causaron 13 muertos en Vilnius), lo que exasperó aún más los ánimos: el 11 de marzo de 1990, Lituania proclamaba su independencia. Aunque esto no fue admitido por la URSS, obtuvo un significativo apoyo internacional: poco después, Gorbachov permitía en mayo la secesión e independencia de Estonia y Letonia. El mundo respiró aliviado, y ese año fue el presidente soviético quien recibió el premio Nobel por la Paz. Las repúblicas bálticas iniciaron su andadura entre febrero y marzo de 1991, fecha en que celebraron sus respectivos comicios: en ellos ganaron ampliamente los nacionalistas.

Es sabido que en aquellos momentos cruciales y temiendo la ruina y el hundimiento de la URSS, el presidente Gorbachov impulsó con urgencia un nuevo Tratado de la Unión que debían firmar las diversas Repúblicas que aún quisieran pertenecer a la Unión. A tal fin organizó un plebiscito: *¿Está de acuerdo en renovar el Tratado de la Unión —se preguntaba a los habitantes de los diferentes pueblos y repúblicas— en el sentido de una nueva Federación de Repúblicas Soviéticas Socialistas iguales y soberanas?* Tanto el KGB como los militares eran claros: la Unión debía conservarse a toda costa. Frente a Gorbachov, Boris Yeltsin pretendía romper el centralismo y crear ejércitos y administraciones republicanas, que sustituyesen la Unión por una comunidad de Estados soberanos. Con la excepción de las tres repúblicas bálticas y la de Georgia, las otras once repúblicas firmaron el Tratado de la Unión. Pero el golpe de estado (19-14 de agosto de 1991) dio al traste con este proceso democratizador y descentralizador, y en diciembre la URSS dejaba de existir —los días 8 y 21 de ese mes se firmaban los tratados fundacionales de la CEI o Comunidad de Estados Independientes y Gorbachov cesaba como presidente de la Unión²⁴. Los demás son sucesos de nuestros días, que aún vivimos y sobre los que no debemos detenernos.

B) Los nacionalismos en las antiguas “democracias populares”:

Respecto de los nacionalismos que han sacudido los pueblos europeos antes subyugados por la URSS —o dirigidos, según la doctrina de la “soberanía limitada” impuesta por Breznev a las “democracias populares” del Este—, es menester señalar que se dan tres situaciones totalmente diversas:

1ª.- Pueblos divididos o segregados al final de la II Guerra mundial que, tras la caída de la URSS y el final del sistema de bloques, se han reunificado en un solo Estado o han retornado a su Estado de origen. Este es

²⁴ Los tratados fundacionales de la C.E.I. se encuentran en el apéndice documental del nº 1 (1992) de la antes citada *REVISTA DE ECONOMÍA APLICADA E HISTORIA ECONOMICA*.

el caso de Alemania (la reunificación se hizo mediante la integración de la RDA en la RFA), y el de Moldavia (que intenta retornar a Rumania, de la que fue desgajada). En estos casos hay que hablar de ruptura más que de transición.

2ª.- Estados que agrupaban distintas culturas, nacionalidades históricas y etnias, y que han optado por separarse: unos lo han hecho pacíficamente (Checoslovaquia se ha descompuesto, desde el 1 de enero de este año 1993, en la República Checa y Eslovaquia), y otros se ven obligados a luchar con las armas para defender su territorio y sus gentes: es el caso de Croacia primero, y ahora de Bosnia-Herzegovina, víctimas del tradicional expansionismo serbio que pretende una Gran Serbia lo más parecida a la extinta Yugoslavia. En ambos casos hay una evidente ruptura, que en el segundo es cruenta en demasía.

3ª.- Estados que, manteniendo su integridad territorial y cultural, han cambiado su régimen político. Unos han rechazado el sistema comunista y alcanzado la democracia (así, Polonia y Hungría), mientras que otros han acomodado e intentado reciclar al sistema y a los antiguos dirigentes con un barniz democrático sobre sus tensiones internas (Rumanía y Bulgaria). En los Estados del primer tipo hay una ruptura, si bien podría parecer una transición: en los del segundo, no parece que haya ni lo uno ni lo otro.

El modelo típico de la primera situación es Alemania, nación que es y ha sido europea en mayor medida que el resto de los países del Este: su propia historia, como la de Austria, la han consagrado como el “bisagra de Europa, en el sentido de que, heredera los mil años del Sacro Imperio Romano-Germánico, era el factor de unión y aglutinante entre Este y Oeste, y entre Norte y Sur de nuestro Viejo continente europeo. Al quedar dividida tras 1945 fue gobernada por las potencias vencedoras mediante una división en cuatro zonas de ocupación: en 1949 se crearon la R.F.A y la R.D.A., pero ambas tenían su soberanía limitada. A partir de 1985, la *perestroika* de Gorbachov ejerció un gran impacto en la cuestión alemana dentro del marco de la cuestión europea. La corriente democratizadora que sacudió toda Europa en 1989 llegó también a Alemania: en agosto se producía la “crisis de las embajadas”, llamada así a causa de que miles de germanos orientales se refugiaron en las legaciones que la R.F.A. tenía en Budapest, Praga y Varsovia.

Tras diversos incidentes diplomáticos y políticos, la R.D.A. autorizó a sus ciudadanos, en septiembre de ese mismo año, a viajar al Oeste. A partir de ese momento los acontecimientos se precipitaron, iniciándose el derrumbamiento de la R.D.A.: en octubre dimitía Erich Honecker, siendo sustituido por Egon Krenz, quien se apresuró a anunciar reformas. El 9 de noviembre, aniversario de la revolución de 1918 que acabó con II Reich, una muchedumbre de ambos lados derribaba el muro de Berlín, el símbolo de la división, de la separación y de la represión: después de 28 años, los alemanes podían pasar libremente de un lado a otro de la vieja capital ale-

mana. En ese mismo mes, mientras Hans Modrow era nombrado primer ministro de la R.D.A., el canciller federal Helmut Kohl presentaba un plan de 10 puntos para alcanzar gradualmente la unificación alemana.

El año 1990 quedará imborrable en el recuerdo de los alemanes. Tras el asalto de la sede de la *Stasi* (antigua Policía política de la R.D.A.) por una muchedumbre en enero, se producía la visita de H. Modrow a Gorbachov en febrero: después de obtener la necesaria aquiescencia del Kremlin, el líder germano-oriental anunciaba su plan gradual para la unificación de Alemania. El primer paso lo constituyeron las primeras elecciones libres en la R.D.A., con la victoria de una coalición conservadora dirigida por el cristianodemócrata Lotrhar de Maizière, muy afín al CDU del canciller Kohl y patrocinado por él. Tras diversas conversaciones se llegó a un acuerdo trascendental: desde julio se producía la unión económica entre ambos Estados, apoyada en la fuerte moneda (el *deutsche mark*) de la R.F.A., y el 31 de agosto ambos Estados firmaban el Tratado de la Unión alemana, como una unión política y jurídica. Por sus implicaciones internacionales, este tratado sería sancionado el 12 de septiembre, cuando los cuatro aliados de la II Guerra mundial (EE.UU., URSS, Gran Bretaña y Francia) firmaban otro Tratado en el que devolvían su soberanía a Alemania. De este modo, el 3 de octubre se produjo la unificación alemana, celebrándose en diciembre las primeras elecciones libres en la nueva Alemania unida.

El modelo más conocido y actual —por lo traumático— de la segunda situación es la descomposición de la antigua Yugoslavia. Esta es una difícil cuestión en la que la Comunidad europea ha rehusado intervenir, por entender que es un tema interno de esos nuevos países. Pero los crímenes de genocidio y de limpieza étnica perpetrados por los serbios, similar a los desarrollados por los judíos en Palestina desde 1946, han forzado a la ONU a tomar cartas en el asunto con sus sanciones, después con un bloqueo y, finalmente, con la amenaza de una intervención militar en toda regla. Después de dos años de lucha, en enero de 1993 las distintas facciones se han sentado a negociar en Ginebra sobre el futuro de Bosnia —Herzegovina, y parecen alcanzar acuerdos válidos para todos. Respecto a la tercera situación, ya han quedado señalados los pasos seguidos en Polonia —por poner un ejemplo— para romper con el sistema anterior, así como las luchas, a veces cruentas, que hubieron de realizarse para alcanzar la libertad. Pero en diversos estudios de este volumen se tratan casos que pueden englobarse tanto en la segunda como en la tercera situación que aquí estudiamos, por lo que referirse a ambas sería reiterativo e innecesario.

Más interesante y cuestionable resulta la interpretación de la ruptura y los profundos cambios acaecidos entre 1989 y 1991: es ésta una importante labor del historiador, además del estudio de los hechos, sus causas y su influencia en la sociedad. Hay varias líneas para enmarcarlos y vertebrarlos: con criterios culturales, algunos politólogos y comentaristas prestigio-

Los han hablado ya de que los pueblos no pueden sufrir la opresión y la pérdida de libertades durante largo tiempo; otros han señalado que, una vez desaparecidas las gentes que hacen una revolución o innovación, ésta se desvirtúa pasadas tres generaciones. Otros, desde el estudio de las mentalidades, han mostrado los peligros de las convicciones y sentimientos alógicos, como puedan ser la exacerbación del nacionalismo, o el enfrentamiento político contra la religión u otras convicciones profundas. Otros, con criterio más histórico, creen ver una repetición del esquema postnapoleónico: tras un imperio fuerte y unificador de pueblos y culturas diversas (así lo eran tanto el napoleónico como el soviético), su ruptura permite que emerjan los nacionalismos y diferencias que disgregan las partes de ese imperio, que deja de ser una amenaza para el resto. Finalmente, algunas posturas más cínicas (y, por ello, quizás más realistas) señalan que pueblos y naciones son tentados por la riqueza y bienestar de los pueblos y naciones vecinos —Occidente, en este caso— en tal grado que, frente a tan poderosa atracción, ninguna causa o ideología puede frenar esa inclinación que acaba haciéndose frenética; aquí habría que recordar con gran propiedad aquel dicho que recorrió las tierras ya depauperadas de Castilla en el siglo XVII: *¡Viva el lujo y quien lo trujo!*. Con esa interpretación acentúan estos autores que nuestras sociedades industrializadas y capitalistas tienen como valor máximo y objetivo de sus esfuerzos la riqueza y el auge económico, por encima de cualquier ideología, convicción o sentimiento.

Agradecimientos: Muchos datos y planteamientos reflejados en este artículo provienen del material recibido y de las consultas realizadas en las embajadas de Rusia, Alemania, Polonia, Irán y Nunciatura de la Santa Sede en Madrid. De su gentileza y amabilidad me considero deudor y aquí las agradezco públicamente.